



AÑO II

→ BARCELONA 16 DE ABRIL DE 1883 →

Núm. 68

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTISTICO Y LITERARIO.—NUESTROS GRABADOS.—LAS ANDALUZAS, por don Carlos Frontaura.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA.—*La unidad de la materia* (11), por don E. Benot.

GRABADOS.—CONCIERTO DE AMORCILLOS, cuadro de Rodolfo Henneberg.—EL NIDO, cuadro por Hans Makart.—FRUTERA ROMANA, dibujo por Enrique Serra.—ENTRADA DE LA SALA DEL TRIBUNAL EN LA ALHAMBRA DE GRANADA, cuadro de Fortuny.—Lámina suelta: EXÁMENES EN UNA ESCUELA DE ALDEA, acuarela por Alois Greil.

REVISTA DE MADRID

Una primera piedra.—Dificultad de acabar las cosas.—La última mano.—La Necrópolis, la Biblioteca, la calle de Sevilla y la Exposición Hispano-colonial.—Petardos en los jardines.—Mis ma-

quetas.—Un almuerzo en los Asilos del Pardo.—Prueba á que se deben sujetar los visitantes.—La justicia divina y la justicia humana.—Paradoja de Alfonso Karr sobre la pena de muerte.

Hemos colocado la primera piedra para el templo de la Virgen de la Almudena... ¿Quién colocará la última? Entre los cimientos y la cúpula de un edificio de tal naturaleza, la imaginación ménos propensa á divagar puede interponer un espacio de tiempo semejante al que suponen los geólogos que se ha necesitado para que el globo terrestre adquiriera una capa más entre las muchas que forman su superficie.

Muchas veces he oído decir, en conversacion particular, á D. Antonio Cánovas del Castillo lo siguiente:

—Yo no admiro al que empieza las cosas; toda mi veneracion, todo mi respeto van dirigidos al que las concluye:

En efecto, hay obras á las cuales—como vulgarmente se dice—no se les ve el fin. Los que tienen bastantes años para haber visto en Madrid la trasformacion de la Puerta del Sol recordarán el tiempo que transcurrió entre los primeros derribos para el ensanche y la terminacion completa y definitiva de la obra.

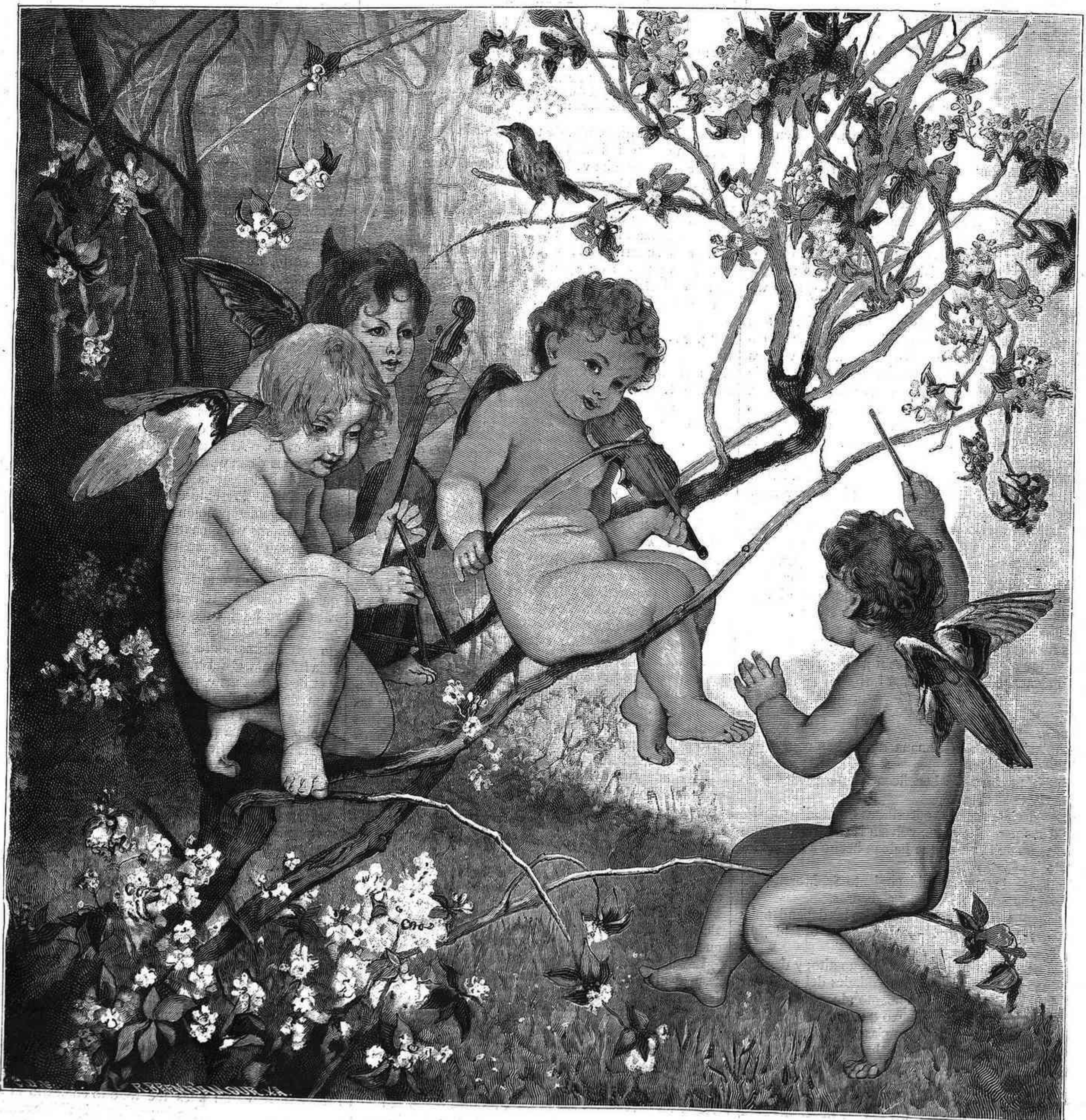
No hubo gran dificultad en concebir el plan; lo verdaderamente heroico, lo digno de una epopeya homérica fué darle la última mano.

Con todo pasa lo mismo.

Muchos autores dramáticos se mueren sin haber dado lo que ellos llaman *la última mano* á sus obras.

—¿Cómo va ese drama? preguntamos muchas veces algunos escritores que tienen varios trabajos en cartera.

—¡Va bien!—contestan.—Sólo me falta acabar tal ó cual escena, dar unos toques al desenlace y pulir algunas frases.



CONCIERTO DE AMORCILLOS, cuadro de Rodolfo Henneberg

Esto equivale á decir.—Falta lo principal; necesito algo de ese *quid divinum* que es la esencia, la parte inmortal de las obras de arte.

¡Qué artículo tan curioso se podría escribir con este título: *La última mano!*

Pero yo no puedo entretenerme ahora en este asunto. El día que se puso la primera piedra para la construcción del templo de la Virgen de la Almudena soñé que habian hecho una visita al lugar de la piadosa fundación otros edificios y construcciones de la coronada Villa.

Iban por este orden:

1.º La necrópolis, con el fúnebre manto roído por los gusanos y con los huesos enmohecidos;

2.º El edificio para biblioteca y museos nacionales, resguardado por una gran verja de hierro y ostentando en su interior la soledad más espantosa;

3.º La calle de Sevilla con un gran farol en la mano para alumbrar sus propias ruinas;

Y finalmente, el proyecto de *Exposición hispano colonial* con un letrero que decía: ¡Una limosnita por amor de la cultura española!

Detrás seguían otros proyectos de menor importancia, y todos juntos depositaron sus tarjetas sobre la primera piedra del susodicho templo.

De la conversación que tuvieron no pude oír durante mi sueño ni una sola palabra; pero no debió ser muy edificante, porque me pareció que el cimiento de la catedral quedaba petrificado.

Sólo oí que el proyecto de *Exposición hispano colonial* se despedía para el extranjero.

—¿Cómo! ¿te ausentas? —le preguntaron.

Y él contestó:

—Sí, aprovecho las circunstancias para ir á estudiar las exposiciones de fuera de España. Me han dicho que se piensa en prorrogarme. Y como ahora viene el verano, daré una vuelta por Europa, tomaré baños donde mejor me parezca y volveré cuando se halle construida la plaza en que debo ser instalada.

—Pero... ¡qué escándalo! ¿Vas á tener plaza y todo?

—Sí, señores, sí... ¿pues de dónde salen ustedes?...

¿Acaso no leen los periódicos? Bien claro lo han dicho todos ellos. ¡Se ha resuelto que mi *Exposición* quede aplazada!

* *

Por de pronto, la verdadera exposición no está en las plazas sino en los jardines.

Desde que han estallado petardos en varios de ellos, hasta paso yo con cierto miedo por la calle de Jardines.

En este mismo instante iba á emplear unas cuantas flores retóricas para entretenimiento de las personas que me hacen el obsequio de leer estas revistas, y he desistido de mi propósito por temor de que algún mal intencionado con objeto de labrar mi descrédito hubiese arrojado furtivamente entre ellas algún canuto repleto de sustancias explosivas.

Cuenta Enrique Heine que en las profundidades de los bosques de la India crece una flor inmensa cuyo capullo tarda siglos en abrirse, pero que cuando lo verifica produce una detonación asombrosa y llena el espacio de penetrantes y duraderos perfumes. Es el capullo del amor, delicadamente simbolizado por el humorista poeta. Pues bien, los petardos que arrojan en nuestros jardines los criminales de Madrid son menos poéticos; simbolizan la venganza y el odio.

El celoso gobernador los persigue con tenacidad tranquilizadora; pero mientras no se haya dado el conveniente castigo á los petardistas, yo no las tengo todas conmigo. Hasta las cañas de Indias se me antojan lanzas, y el amor que ántes sentía por la floricultura se ha trocado en recelo y desconfianza. Mis facultades no me permiten poseer un jardín, pero tengo en el balcón unas cuantas macetas que me habian servido hasta ahora para imaginarme dueño y señor del Jardín del Buen Retiro.

Pues bien... ¡no me atrevo á acercarme á la ventana si ántes no viene alguna pareja de agentes de orden público á darme seguridades de que mi jardín aéreo se halla fuera del alcance de los petardistas!

* *

Las explosiones de la semana no se han compuesto de pólvora solamente.

Las hubo también de beneficencia, de caridad y de filantropía.

Preguntádselo sino á los entusiastas diputados provinciales y á los periodistas que volvían la otra tarde llenos de entusiasmo de la visita que habian hecho á los Asilos del Pardo.

El fundador de aquel establecimiento Sr. Moreno Benítez recibió muchos plácemes y alabanzas.

Los visitantes habian recorrido todas las dependencias del Asilo. ¡Qué limpieza!—decían,—¡qué orden! ¡qué prevision y concierto!

Pero la excursión habia abierto el apetito; y despues de examinar y admirar las particularidades del establecimiento de los pobres, el más opulento de nuestros fondistas, *L'hardi*, sirvió un almuerzo tan notable que si los alimentos se pudieran guardar en clase de olor y perfume, todos los asilados habrian podido hacer acopio de manjares para un año entero. ¡Es realmente una idea original llevar á un asilo de beneficencia un almuerzo tan opiparoso y suculento! Mientras los convidados saboreaban los primeros culinarios de *L'hardi*, los pobres recogidos en el asilo debían estar con las narices pegadas á la pared de

sus respectivas habitaciones tratando de participar por medio del olfato de aquel ostentoso banquete.

Los brindis fueron numerosos. Ya se sabe; el *Champagne* produce siempre ideas nobilísimas.

Moreno Benítez fué ensalzado como una providencia de los pobres.

¡Lo merece! Los asilos del Pardo honran á su fundador. Pero le aconsejamos una reforma para la visita del año que viene.

Y es la siguiente:

En la tarjeta de invitación debe poner:

«Se servirá un almuerzo compuesto de los manjares que se dan en el establecimiento.»

De este modo tendrá el Sr. Moreno Benítez la seguridad de que es un verdadero filántropo y no un gastrónomo el que le acompañe en su excursión al Pardo.

Quien resista esa prueba podrá tomar patente de filósofo.

Conviene estar prevenido para la adversidad.

Nadie puede decir:

¡De este Pardo no beberé!

* *

A estas horas la justicia divina ha dictado ya su fallo sobre el reo del Ferrol Joaquin Gomez.

No se pudo arrancar su perdón á la justicia de la tierra. Durante veinticuatro horas trabajaron multitud de personajes para sustraer un condenado al cadalso.

¡Imposible! ¡Ah! Esta palabra hiela la sangre en las venas.

Una vez más la justicia humana ha hecho aplicación de la terrible paradoja de Alfonso Karr.

—¿Se trata de abolir la pena de muerte?... Pues bien, sí; vamos á abolirla.... ¡Pero que empiecen los asesinos!

PEDRO BOFILL

Madrid 13 abril 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

LA FIESTA DE ALSACIA Y LORENA EN LA GRANDE OPERA.—Piezas de concierto.—Dos trozos de la *Herodias* de Massenet.—El *Mefistófeles* de Boito y el *Faust* de Gounod.—Un acto del *Rigoletto*.—La Fiesta Española.—La Sarah Bernhardt en *Adriana Lecouvreur*.—Varios conciertos.

La quincena que acaba de transcurrir ha sido poco fecunda en acontecimientos artísticos; casi sólo ha habido uno, pero uno que ha valido por muchos. Este ha sido la Fiesta que el Comité de la Prensa ha dado en la Opera, á favor de los inundados de la Alsacia y la Lorena, los cuales acababan de rehusar el socorro en metálico que el gobierno alemán les habia mandado.

La Fiesta consistió en la representación y canto de algunas piezas y trozos de ópera, unas escenas andaluzas y un acto de *Adriana Lecouvreur* representado por la Sarah Bernhardt, Bertou y Saint Germain. La función empezó con la *Marcha de Sylvia*, tocada de una manera magistral por la orquesta de la Opera. Cantóse luego el quinteto de *Cosi fan tutte*, y el coro de *Foli Fo*, al cual siguió una aria incomparablemente dicha por la simpática artista Mlle. Rosina Bloch. El baile de los Fenicios, de la *Herodias* de Massenet, arrancó merecidísimos aplausos, lo mismo que el aria de *Herodes*, muy bien interpretada por Lasalle. El mismo Massenet dirigió la orquesta y le valió un éxito. Púsose despues en escena el cuarteto del 2.º acto del *Mefistófeles* de Boito que no recibió la acogida que merecía, y así lo reconoce la misma prensa francesa. El público, que no conoce la ópera en cuestión quedóse atónito de ver los mismos cuatro personajes del tercer acto del *Faust* con iguales ó parecidos trajes representar la misma escena de un modo diametralmente opuesto. La música, que no tiene ese sello de melancolía que caracteriza á Gounod, le sorprendió en gran manera. Tiene el maestro italiano detalles que escapan á todo el que no posea una vasta instrucción musical ó un profundo sentimiento de las armonías; estas pasaron completamente desapercibidas del público que por primera le escuchaba. Las cuatro risas tan distintas de Fausto, Margarita, Marta y Mefistófeles, cuya exactitud psicológica es de un realismo de primer orden, le dejaron extático, sin que las comprendiera poco ni mucho, y el insigne Boito apenas tuvo algunas palmadas que le dimos varios extranjeros que en la sala habia.

En cambio para Gounod fué todo lo contrario. Despues del coro *La Caridad* de Rossini, se aplaudió á rabiarse el 5.º acto del *Faust*, obligando á salir varias veces á la escena á la Devries, á Gailhard y á Dereines, los cuales en honor de la verdad sea dicho, lo interpretaron inimitablemente.

El público parisien que aplaude el naturalismo repugnante de Zola ha preferido la Margarita ideal de Gounod á la *Gretchen* real del maestro italiano. Éxito completo alcanzó también la *Gallia* del mismo Gounod, lo mismo que los artistas que la interpretaron.

Lasalle en el acto 3.º del *Rigoletto*, rugiendo con la desesperación de Triboulet, fué aclamado al igual que la Isaac suspirando las notas de Blanca.

Lasalle vestía un traje de bufon del rey Francisco I, de una propiedad histórica irreprochable, cuyo figurin habia sido dibujado por Lepic; era la verdadera librea personal de la casa del ilustre prisionero de Carlos V. Justillo blanco con la simbólica salamandra bordada de oro sobre la manga izquierda; la manga derecha estaba acuchillada á la italiana: era la trusa de tiras segun la moda alemana que ya comenzaba á generalizarse; el todo daba

una idea de esa época de transición en que se inició el Renacimiento y cuya manera de vestir debia un bufon exagerar.

Llegamos á la Fiesta española. Francia se portó nobilísimamente con nuestros inundados de Murcia; España debia de contribuir en algo á una fiesta de caridad, reputada como una fiesta nacional por los franceses. Los artistas españoles que se hallaban en París, á fuer de agradecidos, se prestaron gustosísimos á trabajar para socorrer á los alsacianos. Nuestro compatriota Manuel Giró compuso la música del baile y mereció que se le proclamara héroe de la fiesta. Conocido era ya el nombre del señor Giró en el mundo musical parisiense, pero de hoy más contará con esa popularidad que sólo alcanzan los artistas de verdadero mérito.

Hijo de una familia de modestos labradores de Lérida, y habiendo seguido los primeros estudios musicales en su país, en 1873 pasó á París con objeto de perfeccionarse en su arte y trabajar, como un artista de corazón trabaja, para realizar sus entusiastas aspiraciones. Hizo tales adelantos en su carrera, trabajó tan asiduamente y logró darse á conocer de tal modo como excelente compositor que al fin sus piezas musicales fueron admitidas con entusiasmo y ejecutadas con grande aplauso por orquestas como las de Padeloup, Colonne y la del Conservatorio de París.

La Adela Iglesias y la Mauri bailaron cada una en su género. Trabadelo cantó; Payans enseñó á la Granier, á gorjear los cantos de Andalucía; y la estudiantina española dió al aire los acordes de sus guitarras, bandurrias y panderos, acompañando los cantos coreados mas característicos de nuestra tierra; todos bajo la acertadísima dirección de Gailhard, el cual ha demostrado que siendo francés como el primero de sus compatriotas, se puede ser tan español como el primero de los españoles. A él fué á quien se le ocurrió la idea de esta fiesta de nuestro país, y no perdonó medio para que tuviera el mayor carácter posible. Para dar el ejemplo se afeitó la barba á fin de vestirse de torero con toda propiedad, y de tal modo lo logró que entre bastidores hubo quien le tomó por *Cara-ancha*, ó el *Gordito*.

La escena representaba una plaza de una ciudad de Andalucía. Los coros de la *Renaissance* dieron la vuelta al escenario cantando la marcha de *Pan y toros* de nuestro incomparable Barbieri. Vino luego la estudiantina española tocando un paso de guitarras y bandurrias al que siguió una jota coreada, en seguida de la cual Gailhard vestido de primer espada con un magnífico traje azul y plata, cantó con muchísima gracia las seguidillas *Cuando yo brindo un toro*, siendo aplaudido por toda la sala. No ménos éxito tuvo al cantar con la Granier la popular copla de *La niña que á mí me quiera* acompañada por la estudiantina y coros. La Granier vestía un traje de gitana, corto, de color de rosa, cubierto de tul y perlas eléctricas, con una saya sembrada de cardos y aves multicoloras.

¡Y qué de diamantes! Dos enormes solitarios en las orejas, un collar de cuatro tiras de brillantes, y una peineta de maja cuajada de brillantes y perlas que parecia un rayo de luna. Nunca hubiéramos imaginado que una artista francesa como ella pudiera cantar con mejor acento y con más gracia las canciones españolas. Fué tal la propiedad con que las dijo, que se hubiera hecho aplaudir estrepitosamente del público más exigente de Madrid ó de Sevilla.—Al llegar al zapateado, cogió la bandurria y se acompañó con verdadera sal andaluza. El vito y el zapateado, bailado por la Iglesias, excitaron el entusiasmo del público. Presentóse ésta contoneándose envuelta en un magnífico pañolón de Manila, escarlata, y pisando los sombreros y los manteos que los estudiantes le echaban al paso. Vestía un traje de manola, granate, obra maestra de Mme. Rodriguez, la modista hoy día á la moda, la misma que hizo el de la Granier.—Una chaquetilla corta de terciopelo, con alamares, que destacaba sobre un justillo de raso, y este sobre una falda bordada de amapolas y llena de abalorios, armonizando perfectísimamente entre sí los cuatro rojos de intensidad distinta, el del crespon, el del raso, el del terciopelo y el de la seda mate, producían un efecto artístico indescriptible.—Y luego la mar de diamantes por encima, que aquello parecia un cielo estrellado.—La Iglesias, con el rumbo, la gracia peculiar á las mujeres de Madrid y la especial que ella tiene, bailó un zapateado y un vito que produjeron una exaltación increíble, un verdadero frenesí, una tempestad de aplausos. Dudamos que se haya visto nunca en París entusiasmo igual producido por una bailarina, ni aun allá por los tiempos de la Camargo. Dícese que se están haciendo gestiones para que acepte la Iglesias una contrata en la Opera.

El baile español, de composición especial de don Manuel Giró, siguió á este *jaleo*. El cuerpo coreográfico estuvo á gran altura, y en especial la Mauri, la Sangalli y la Subra, pero yo no sé de quién fué la idea de cortar los principales motivos de carácter, bellísimos por cierto, para sustituirlos con un baile calabrés que se despegaba por completo de aquella obra musical; así fué que el bailable no produjo todo el efecto que esperaban á los que conocían el mérito de la obra y las dotes del compositor. No obstante, los inteligentes han reconocido el valor de éste, en los pocos motivos que quedaron.

La función terminó con el segundo acto de *Adriana Lecouvreur*. Diríase que despues de esta orgía de canto, de baile y de colorido, un acto de un drama debia de resultar algo frío; pues fué todo lo contrario al salir la Sarah Bernhardt, y si la impresión del público cambió por

completo, la atención subió de grado. De lo alegre pasóse á lo serio, y todos, preparándose á sentir hasta el paroxismo, escucharon con religioso silencio á la gran actriz. Presentóse esta con un riquísimo traje oriental, lleno de bordados persas, de filigranas de plata y de incrustaciones de piedras preciosas, vistiéndolo con la propiedad y elegancia que sólo en ella conocemos. En el desempeño de su papel estuvo inimitable. Una vez más admiró el París inteligente su rara facultad de dición, su manera delicada de sentir, su arte de conmovier. Tan deliciosamente dijo la fábula *Les deux pigeons*, que arrancó aplausos unánimes y prolongadísimos. La sublime trágica elevóse á una altura incomparable en las dos escenas, produciendo un verdadero furor en el público, el cual fuera de sí la obligó por tres veces salir á la escena para tributarle una ovación extraordinaria.

Terminada la representación, empezó el baile de sociedad en el salón, y la *tombola* en el *Foyer*. La Granier con la gracia que le es peculiar, desde lo alto de un tablado, iba anunciando los objetos que correspondían á los números que iban saliendo premiados. A cada premio añadía un *ca-lembourg*, un gesto, una mueca graciosa, ó una ocurrencia que hacia desternillar de risa. En tanto la estudiantina tocaba admirablemente aires españoles en el otro extremo del salón de descanso.

Dióse comienzo al baile de sociedad con una cuadrille de *Nizella Nitouche*, dirigiendo la orquesta la Judic, que daba saltos y gesticulaba como si estuviera loca de alegría. La sala estaba esplendísimamente. Llenábanla todas las aristocracias de París, la del genio, la de la sangre y la del dinero. Apénas podríamos citar un nombre entre los que á estas tres clases pertenecen que no figurara en el baile. Las señoras vestían unos trajes deslumbradores, de un buen gusto desconocido no sólo de los que no viven en París, sino de la mayoría de los parisienses. Allí había vestidos á lo Luis XIV, XV y XVI, vestidos Médicis, Valois, orientales, etc., predominando no obstante los del Renacimiento: los brocateles españoles, los damascos, *vieux tons*, los bordados antiguos de oro y sedas, los encajes y las plumas, haciendo resaltar más el brillo de las esmeraldas, zafiros y brillantes, que estaban prodigados hasta en las faldas de los vestidos. Entre estos los había que dejaban atónitos á los que los miraban. Recordamos el que vimos á la princesa de Sagan, lo mismo que el de la Judic, salidos de los talleres de la Rodríguez, que eran verdaderas obras de arte.

El baile terminó á las cuatro y media de la mañana entre la algazara del galop final.

* *

Los otros acontecimientos artísticos de la quincena son de menor cuantía.

Dos conciertos Padeloup, como siempre afinadísimos. Un concierto de piano de nuestro paisano Calado en la sala Pleyel, en que se ha hecho aplaudir por su ejecución y sentimiento. Y la triste noticia de haber entrado en la agonía el célebre Masset, el gran pintor impresionista.

* *

En el mismo momento de concluir, recibimos la invitación para asistir á la inauguración de la *Exposición Japonesa Retrospectiva*. Daremos detenida cuenta de ella á nuestros lectores en la próxima revista.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

CONCIERTO DE AMORCILLOS, cuadro de Rodolfo Henneberg

Tiempo hacia que el arte dejaba en paz á las legiones de amorcillos sonrosados y mofletudos, de que tan prodigiosos fueron los pintores del siglo décimooctavo. Hoy que la moda ha puesto en boga una porción de objetos de mobiliario que nuestros padres deportaron desdeñosamente á los desvanes, si no los vendieron por una miseria al roñoso dueño de una prendería; es muy natural que los amorcillos vuelvan á estar en boga, como lo están realmente. Además, á falta de amores serios, que estos van siendo ya sentimientos arcaicos, bueno es que nos vayamos acostumbrando á los amores de menor edad, caprichosos como afecto de niño, juguetones como pájaros en la enramada; amores interpolados con flores y como ellas fragantes un solo día, lozanos unas cuantas horas.

De esos amores pintados es trasunto el grabado que publicamos; concebido con ingenio y ejecutado con verdadera elegancia y correcto dibujo. Los cuatro cupidillos son de ingenua belleza é irreprochables formas. Un pájaro cantor une sus trinos á los acordes de la pequeña orquesta, cuyos individuos parecen igualmente pájaros, según lo poco que sus cuerpos pesan en las delicadas ramas que les sustentan.

El conjunto es plácido y bajo todos conceptos digno de decorar uno de aquellos famosos saloncitos, con que la mal empleada prodigalidad de Luis XV correspondía á las impuras caricias de sus funestas cortesanas. ¿No es una especie de ultraje para el arte, que uno de sus más elegantes estilos modernos lleve el nombre de aquella mujer, que tanto contribuyó á la degradación de la monarquía francesa?

EL NIDO, cuadro por Hans Makart

Hay preguntas que, con ser inocentísimas, ponen en un brete á la persona que ha de contestarlas. Nuestro cuadro contiene una de esas preguntas.

—¿Qué es un nido?—dice la cándida joven á su amorosa madre.

Y ésta, que contempla á la avecilla á través de un mundo de recuerdos, se halla bien embarazada para cumplir el precepto de enseñar al que no sabe. Esta obra de misericordia es susceptible de muchos comentarios y anotaciones. Hay ignorancias tan respetables como la ciencia.

Y sin embargo, un nido dice algo, dice mucho, que, bien explicado, no es malo sepa una joven bien educada para vivir en el mundo.

Seguros estamos de que la madre de la cariñosa niña, cuyo semblante revela inteligencia y distinción, después de reflexionar algo y pedir á Dios que ponga tiento en sus labios, ha de contestar, poco más ó menos, lo siguiente:

—Un nido, hija mía, es como si dijéramos el hogar formado por el amor y el trabajo de los buenos padres. Gracias á estas dos virtudes, que Dios no ha negado á la paternidad ni aun de las fieras, los tiernos pajaritos, como los débiles niños, hallan, desde su venida al mundo, blando lecho para descansar sus frágiles miembros, suave calor para fortalecer su diminuto cuerpo. El nido es, asimismo, la cuna del ave, á donde sus felices padres llevan en el pico el alimento de que ellos mismos se privan, por mucho que lo necesiten, á trueque de que no les falte á sus hijuelos. Un nido es el fundamento de muchas esperanzas, la base de muchas ilusiones; ilusiones ¡ay! fugaces casi siempre; porque cuando llegue el día en que el pajarito tienda el vuelo, ya no volverá, hija mía, al nido, de que ni un sólo día faltaron los excelentes padres. El nido, entonces, es el hogar sin ventura y sin calor, cuyas frías cenizas riegan con lágrimas, primero el dolor de los ancianos y más tarde el arrepentimiento de los jóvenes. Pedazo de cielo cultivado por el afecto más puro, la ingratitud le convierte muchas veces en el paraíso perdido por el pecado del hijo pródigo.

FRUTERA ROMANA, dibujo por Enrique Serra

Si el autor de esta composición se hubiera limitado en ella á reproducir á una de esas garridas transteverinas, tipo indígena, descendiente en línea recta y sin mezcla de sangre bastarda, de aquellas sabinas llevadas á Roma de una manera que hace muy poco favor á la delicadeza y galantería de los antiguos romanos; deberíamos contentarnos con decir que Serra es un excelente reproductor del natural.

Pero como nuestro distinguido paisano es algo más que un correcto dibujante y su genio le permite dar acción ó argumento aun á los simples retratos; de aquí que su dibujo de la frutera romana comprenda todo un drama, drama de asunto conocido, drama de final adivinado, pero que al fin y al cabo constituye la síntesis de casi todas las comedias, sin que el público se queje por ello, ni pida que se cambie radicalmente el fondo de las acciones que se desarrollan sobre la escena. Convenimos, pues, en que se trata de un drama de amor á la vuelta de una esquina.

La actitud de la joven demuestra claramente que maldito lo que cuida de las sandías y de las uvas y de las manzanas, cuya venta constituye su comercio. Alguna mala yerba ha pisado la niña; y esto sentado, si Quevedo aconsejaba preguntar *¿Quién es ella?*—en nuestro caso la pregunta debe decir—¿Quién es él?..

El no es difícil de encontrar. A la vuelta de la esquina son de ver los ojos de un mancebo que parece cortado sobre el patron de *el moro de Venecia*.

Ya tenemos la trama del amoroso asunto, la complicación del argumento. Hay celos de por medio y amenaza una catástrofe. Estamos, como ocurre en el teatro, en la penúltima escena del acto segundo.

¿Son fundados esos celos? El dibujo no lo dice en absoluto, pero permite suponer que Otelo no es del todo visionario. Ello, empero, la aflicción que revela el semblante de la frutera, nos inclina á creer que, si pecado hubo, debió ser el pecado venial de la coquetería, debilidad de que no está exenta una muchacha bonita, por más que en el patron de contribuyentes figure en la humilde clasificación de frutera.

En último término, creemos que la catástrofe no proporcionará á nuestro ilustre colaborador D. José de Echegaray la cruel satisfacción de terminar ese drama como el de Shakespeare termina.

ENTRADA DE LA SALA DEL TRIBUNAL
en la Alhambra de Granada, cuadro de Fortuny

De nuevo podemos honrar las páginas de la ILUSTRACION ARTÍSTICA insertando la copia de otro de los cuadros de nuestro malogrado é insigne compatriota.

La Alhambra de Granada, ese palacio árabe de arquitectura asombrosa y de delicadísimas labores, atrajo á Fortuny, como á tantos otros artistas, á estudiar sus preciosidades, y el pintor reusense consagró á su estudio una época de su vida que se ha reflejado luego en la mayor parte de sus obras, siendo una de estas la que hoy ofrecemos á nuestros lectores, diestramente reproducida por el grabado.

EXAMENES EN UNA ESCUELA DE ALDEA,
acuarela por Alois Greil

Dícese comunmente que no habría vida más regalona que la del estudiante, si no existiese el mes de mayo, es decir, el mes de los exámenes. Cuantos hemos sido discípulos podríamos confirmar la verdad de este aserto.

Y sin embargo, no es siempre el alumno quien más

padecer cuando llega la época de la rendición de cuentas. ¡Cuántos y cuántos miseros profesores, de instrucción primaria especialmente, al ser juzgados por sus obras, ó sea por la capacidad intelectual de sus discípulos, preferían ocho días de purgatorio á tres horas del acto solemne de unos exámenes públicos!...

No hay pasión humana que no se revele en una de esas academias, máxime si tiene lugar en una aldea, donde las pequeñas miserias de la vida revisten con la mayor facilidad proporciones amenazadoras. Allí la vanidad de los padres, que casi siempre corre parejas con la ignorancia de los hijos, acusa de ineptitud y de compadrazgo al misero mortal, cuyo mayor delito, como dijo Calderón, es haber nacido... para maestro de escuela. Allí la intemperancia de los jóvenes alumnos pone de relieve el desatino que en forma de respuesta sale de los labios de los examinados y que hubiera pasado desapercibido del cura ó del inspector de instrucción pública sin la ingerencia de aquellos envidiosos diablillos. Allí los indomables párvulos y los estultos grandullones conspiran á porfía contra la reputación científica y pedagógica del atribulado *dómine*, que mal resignado con el éxito negativo del público experimento, se rasca la oreja, aplazando para luego si se echará una soga al cuello ó se tirará de lo alto del campanario...

¡Pobre maestro!... Su vida entera la ha consagrado á *desasnar* la prole de sus convecinos; y al cabo de cuarenta años de profesorado, se encuentra con que á nadie le ha disminuido el tamaño de las orejas, y á él, en cambio, le falta poco para que le haya nacido un rabo...

Muchos de nuestros lectores recordarán que nuestro ilustre actor D. José Valero, glorioso resto de una generación de grandes actores, hacia, y quizás haga aún, las delicias del público, en una pieza titulada *El maestro de escuela*, llena, gracias á él, de interés, de color, de vida.

Pues bien, el pintor Greil ha dibujado el asunto con la misma gracia, con la misma felicidad, con que Valero dirigía y ejecutaba la pieza.

LAS ANDALUZAS

Pero Señor, ¿qué habrá sido de las andaluzas?

Vivian en el piso tercero de la casa misma en que yo habitaba, en Madrid. Hube de ausentarme unos días, y cuando regresé, ví desde la calle, con profunda pena, que los balcones de la habitación de las andaluzas ostentaban el blanco papel con que se avisa al transeunte que el cuarto se alquila.

Pregunté á la portera que, siendo una mujer de suyo curiosa, tanto, que siempre sabía todo lo que pasaba en la vecindad, y cuando no lo sabía lo inventaba; forzosamente sabría porqué y á dónde se habían mudado las andaluzas.

—Se mudaron ocho días después de haberse marchado V., me contestó, pero me dijeron que no vendría nadie á preguntar por ellas, y que si alguno preguntara, no le dijera adonde se habían ido.

—Luego V. sabe adonde fueron.

—Pues si lo supiera, ¿no se lo diría á V.?... Ellas me hicieron la advertencia, porque les parecería imposible que yo no averiguase su paradero.

—¿Y no hizo V. por averiguar?...

—Sí, ya he revuelto medio mundo.

—Pero ¿no vinieron carros y mozos á mudar los muebles?

—Señor, si no había más muebles que ellas....

Dos chicos vinieron que llevaron una mesilla, un tocador, cajas y otros cachivaches. Y entre los chicos y ellas, que cada una llevaba unos cuantos lios...

—De ropa serían.

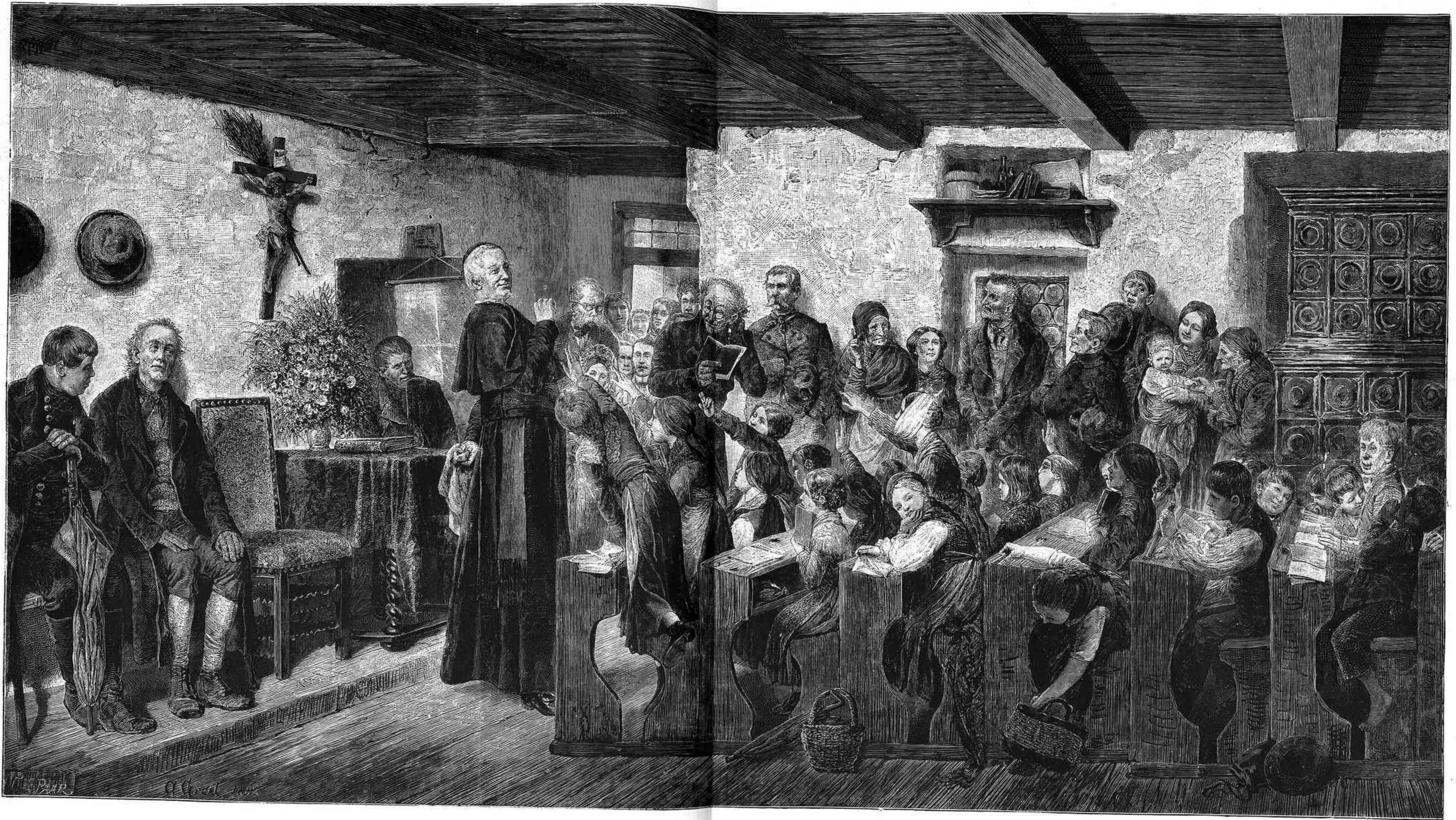
—Digo yo que serían de ropa.... Los pocos muebles eran alquilados y se los llevó el mueblista. A los chicos no les pude coger solos un momento, y como aquel día, precisamente, á mi marido, que no trabaja en su vida, le había dado la ventolera de ir á trabajar, estaba sola en la portería, y no pude separarme un momento, porque ya sabe V. lo cócora que es el administrador, que vive en el entresuelo, porque si yo hubiese podido salir de la portería un cuarto de hora siquiera, no se me habrían escapado las andaluzas sin saber adónde iban á dar guerra. Pues he preguntado en las tiendas donde iban á comprar al fiado, he corrido todo Madrid, y el otro día me planté en la parroquia y en casa del alcalde, á ver si me daba luz, nada más que por saber lo que no querían que supiera; y nada..., ni muertas ni vivas. Parece que se han caído en un pozo. Pero, ahora que me acuerdo, ¿V. tenía algo que ver con ellas?...

—No, señora, pero esta casa ha perdido ya todo el encanto que tenía para mí, y hoy mismo, en cuanto descanse y me arregle un poco, saldré á buscar otra vivienda.

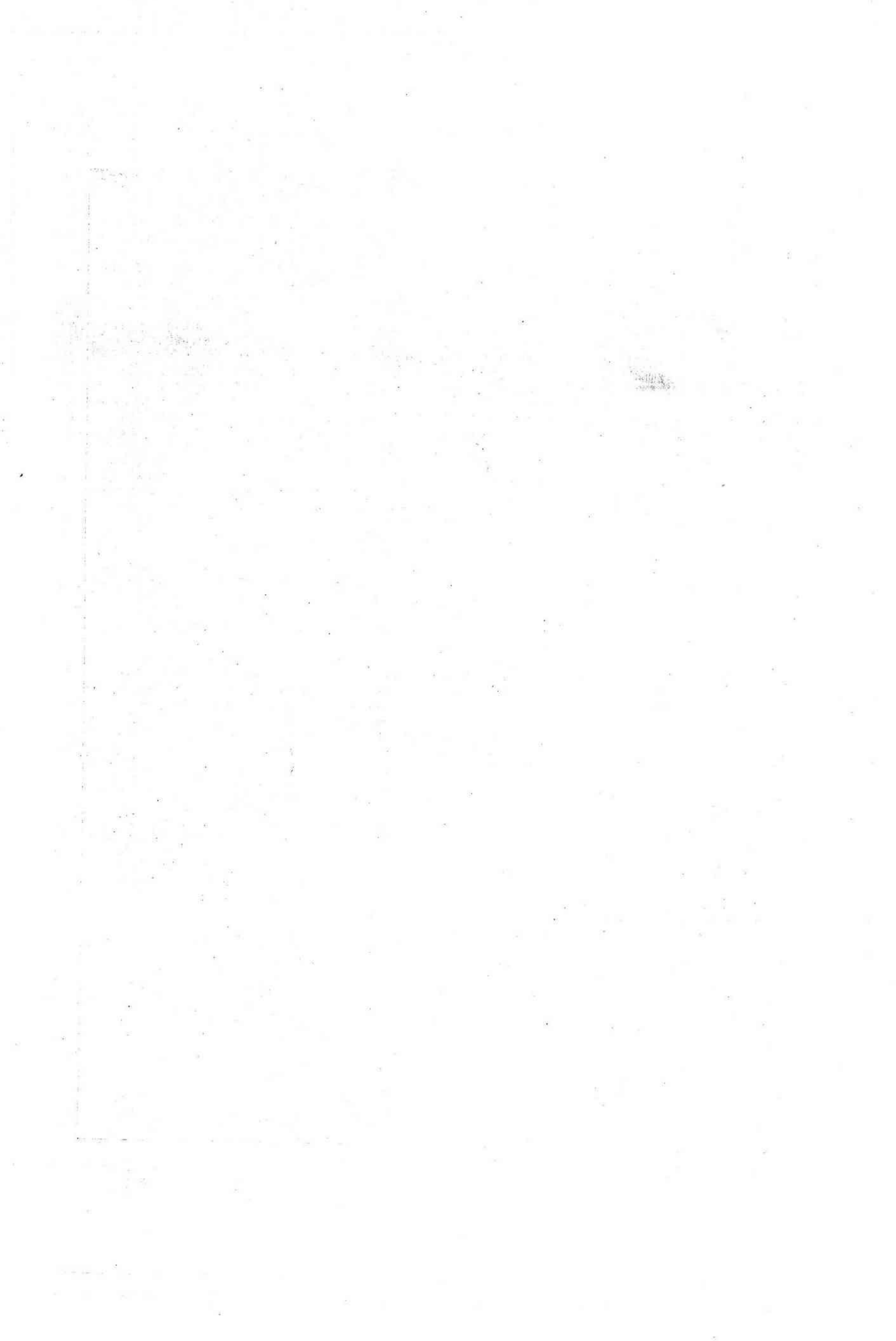
—¡Jesus, María y José! ¿Se muda V. porque se han mudado las andaluzas?... Ahora que la casa parece propiamente un oratorio, que hay una paz y una tranquilidad que da gusto vivir aquí, y no se oye una palabra más alta que otra sino las que digo yo á mi marido que, sobre ser como una tapia de sordo, es un haragan que me ha de quitar la vida



EL NIDO, cuadro por Hans Makart



EXÁMENES EN UNA ESCUELA DE ALDEA, COPIA DE UNA ACUARELA DE ALOIS GREIL





FRUTERA ROMANA, dibujo por Enrique Serra

Yo me tuve la culpa, que me casé con él después de haber estado casada con un hombre que era un cordero, y el más real mozo que se paseaba por las calles de Madrid, Dios le tenga en su gloria.

Dejé á la portera con la palabra en la boca y subíme á mi habitación. Lo primero que hice fué asomarme á la ventana del comedor para contemplar las del piso superior que daban al patio, como las mías; y confieso que sentí profunda pena, considerando que ya no volvería á oír las voces de aquellas incomparables andaluzas, que durante seis meses habían alegrado mis días y mis noches, haciéndome olvidar contrariedades y disgustos, y contribuyendo grandemente á la economía en mis gastos, porque mientras tan excelentes vecinas tuve, ni me ocurrió perder el tiempo en el café, ni comprar un billete de teatro, donde también se pierde el tiempo cuando la comedia es mala. También les debo la salud que tuve aquellos seis deliciosos meses, porque no pude coger ninguna de las enfermedades que se cogen por la calle, y me evitaron el percance que hubiera podido sobrevenirme retirándome á altas horas de la noche, ó el choque en una tertulia con algun allegado del dueño de la casa, si me hubiese oído decir de éste alguna verdad, ó encontrar en el café ó en el teatro algun amigo que me pidiera dinero, y en fin, mil y un peligros á que está expuesto un ciudadano fuera de su hogar.

Yo no lo estaba del mio más que lo preciso, como que no quería perder el solaz y la distracción que me proporcionaban las andaluzas.

—Pero, ¿qué demonios de andaluzas eran aquellas? preguntará el discreto leyente.

Eran cinco; dos hermanas de madre, ambas viudas, y ambas con viudedad; la una se llamaba doña Consolacion Palomillo y Perez, y la otra doña Transfiguracion Rejoncillo y Perez; una cuñada de esta última, casada con un Rejoncillo, hijo del primer matrimonio del padre de doña Transfiguracion, que se conoce no quedó bastante escarmentado la primera vez que enviudó, y dos muchachas de veinticinco diciembres cada una, hijas respectivamente de doña Consolacion y doña Transfiguracion. El marido de la cuñada, ó sea el hermano de padre de doña Transfiguracion, no se hallaba en el teatro donde se representaban las escenas de la familia andaluza, porque hacia bastantes años que había tomado el partido de embarcarse para Buenos Aires, desde donde enviaba á su cara mitad alguna que otra letra de treinta ó cuarenta pesos, con la promesa siempre de volver pronto á sus brazos, por más que él la alcanzaba con los suyos desde aquella república, puesto que todas las cartas que recibía la buena señora, terminaban con estas frases:—«Y sin más por hoy, recibe el corazón de tu marido que te abraza,—Serafin»

Ellas no me contaron todos estos pormenores, pero yo sabía todo esto y mucho más, porque siempre hablaban á voces, y siempre tenían abierta la ventana de su comedor, aunque arreciara el frío, lo que se justificaba por la calidad del temperamento de aquellas señoras, que siempre, según su frase, estaban sofocadas. Y era verdad que estaban sofocadas.

Amanecía Dios, y ántes que los trinos y gorjeos de los pajarillos, llegaban á mis oídos las voces de doña Transfiguracion y doña Consolacion llamando á la criada, que cada cuatro días era nueva, y algunas veces la que entraba por la mañana se iba por la tarde, y la que entraba por la tarde por la mañana ya salía de estampía, y como la criada se hacia la remolona, comenzaban las dos señoras á decir tales clamores á propósito de la pereza de la fámula, y la saludaban con tales denuestos, y la salpicaban con tan extraños nombres, que oyéndolas, levantábame de la cama riendo á carcajada tendida; y nadie me negará que levantarse con tan buena disposición de ánimo es una gran ventaja para la salud.

—Hasta ¡mardita sea tu estampa! levanta esos cuartazos, ¡arrastrá! gritaba la una.

—Trae una arcarrasa de agua, á ver si abre los ojos esta mula.

—Tírale de los pies, digo, de las patas.

Y así hasta que la sirvienta se levantaba, y en este punto solía armarse la primera quimera del día, porque la criada protestaba de la forma poco delicada con que se la reprendía, y á los improperios de las dos mujeres contestaba con frases de subidísimo color, que á las veces producían tal efecto en doña Consolacion ó en doña Transfiguracion, que á una ó á otra le acometía terrible ataque nervioso, y todo era carreras en la habitación de las andaluzas, habiéndose levantado ya las otras tres, y amenazas á la criada, y pedir una el frasco del éter, y recomendar la otra que á la paciente le dieran unas friegas con un cepillo, sin duelo, para que el arrebato á la cabeza se le bajase á las piernas.

Media hora después todo parecía sosegado; la criada se había ido dando un portazo que temblaba toda la casa. Pero de pronto, oíase reír de una manera descompasada, y ya sabía yo de lo que se trataba. Era que alguna de las dos hermanas, de madre, se reía de lo que decía la cuñada de Transfiguracion hablando de su marido ausente, porque la malaventurada esposa todos los días había de hacer reflexiones sobre su suerte y sobre su situación irregular de casada sin marido.

La escena comenzaba con un suspiro hondo y prolongado de Tremedal, que así se llamaba la triste.

—¡Ay! exclamaba, ¿qué estará haciendo ahora Rejoncillo?

—Mire V. que pata de *gayo*.... ¡Con lo que sale ahora esta simple!... decía Transfiguracion con una risotada.

—Tú eres *negá*, hija y perdona que te lo diga,—observaba doña Consolacion.—¿Aí cabo de veinte años, no has *conocido* aún que el pendon de tu marido se fué á Buenos Aires por no verte?

—Se fué porque no salía el pobre de azotes y galeras y quería hacer fortuna en aquella tierra, para venir luego á vivir los dos tan ricamente en Lebrija.

—¡Ay, *madrecita* mia! ¿cuándo llegará ese día? ¿cuándo me verá yo en Lebrija con mi *marío*, mirándonos uno en otro, como Dios manda?...

En este punto las risas de las otras mujeres parecían ya de personas poseídas de anajenacion mental, y á estas risas seguía una verdadera pedrea, digámoslo así, de improperios, burlas y donaires contra la confiada Tremedal, que al cabo de veinte años de separacion, imaginaba todavía que el mejor día del año vería volver á su marido, y que aún habría para ella inacabables delicias en el estado conyugal. La agredida procuraba defender al esposo ausente, de quien decían horrores las dos hermanas, de madre, y no encontraba medio mejor de herir en lo vivo á Consolacion y Transfiguracion que recordarles las faltas físicas y morales, los vicios y los procederes de los respectivos maridos difuntos. Y animándose Tremedal, en la lucha, era cosa de oír los horrores que atribuía á los infelices muertos, y si hubieran de creer todo lo que de ellos contaba, sería cosa de lamentar que no hubiesen ido los dos á residir algunos años en un establecimiento penal. Y por lo que hablaba la mística y dulce Tremedal, que tenía una lengua cortante como un sable, también Consolacion y Transfiguracion habían sido en sus buenos tiempos unas señoritas de mucha cuenta y poca razon, y habrían tenido mucho que sentir, después de casadas, si no hubiesen dado con unos maridos que tenían mucho propio por qué callar, y bastante poca aprension.

—¿Y cómo las vecinas de V., podrá preguntarme algun lector, teniendo cada una su hija soltera, se permitían hablar á voces de la manera libre é inconveniente que V. indica?

Confieso que la pregunta del lector estaría muy en su lugar, si la hiciera, pero no se alarme el lector. Cuando las tres señoras mayores se ponían de oro y azul, Lágrimas, la hija de doña Consolacion, estaba muy entretenida hablando por el ventanillo con un alférez de húsares; y Purita, la hija de doña Transfiguracion, desde el balcon de la sala observaba cómo, desde otro de la acera de enfrente, la contemplaba un viudo, de buen ver todavía, empleado que había sido en Ultramar, y de quien se decía en la vecindad que, después de estar allá seis ó siete años, había regresado con el riñon bien cubierto, habiendo servido no sé qué administracion, en la que había logrado aumentar los ingresos en el Tesoro, y sobre todo en su bolsillo. Purita era más positivista y calculadora que Lágrimas, gran soñadora, entusiasta de las letras y de las armas, lectora asidua de los folletines de la *Correspondencia*, que al bizarro alférez le llamaba *su capitán Febo*, y hubiera sido más propio llamarle feo, porque lo era en grado superlativo, y tenía la esperanza de que, casando con él, había de verse un día capitana general y marquesa de algo.

La reyerta entre las tres personas de respeto de la casa terminaba cuando Tremedal manifestaba su propósito de buscar otra residencia, donde no se viera insultada y escarnecida y donde no oyera hablar en menosprecio del marido ausente. Ibase Tremedal á su cuarto á disponer las cosas para su variacion de domicilio, y cuando salía, y llorando se despedía de las dos hermanas, de madre, y llamaba con el propio fin á las dos chicas, y en este punto comenzaba á hablar la voz de la sangre, y lo que ántes habían sido denuestos y amenazas, burlas y recriminaciones, convertíase en sollozos, besos y abrazos; interrumpía esta tiernísima expansion de dulces afectos el campanillazo que daba el alquilador de muebles, el *muebrero* le llamaba

doña Transfiguracion, ó el administrador de la casa ó la corsetera, ó en fin, cualquiera de las personas con quienes las andaluzas tenían cuenta pendiente. No se negaban á recibir la visita, nada de eso; recibíanla con aparente alborozo, hacían sentar al reclamante, informábanse de su salud y de la de toda su familia, y todas cinco á un tiempo le hablaban de mil cosas, ménos de la cuenta, referíanle historias íntimas de las personas más conocidas de Madrid, y hacíanle ver que ellas estaban emparentadas con toda la grandeza, y que pronto iba á variar su posicion, puesto que venía de viaje por esos mares el esposo de Tremedal, que en Buenos Aires se había hecho riquísimo, y no era Presidente de la República porque no le había dado la gana. Y el acreedor salía encantado de la gracia singular de aquellas mujeres, y apénas se había atrevido á exponer su reclamacion, seguro de que en viniendo el viajero á quien esperaban, no solamente le pagarían su cuenta, sino que habían de hacerle compras de muchísima *importancia*.

No faltaba yo en mi casa ningun día á la hora de comer las andaluzas en la suya. Si las viudas habían cobrado la pension, la comida era de la fonda de los *Leones de oro*, tres cubiertos de diez reales para las cinco, y después *cuatro cafeses*, como decía doña Consolacion, traídos del café de Platerías; y si había recibido letra de Buenos Aires Tremedal, ésta pagaba el gasto, y aún, volviendo de cobrar la letra en casa de Urquijo, traía muchas golosinas, una libra de caramelos, almendras garapiñadas, yemas de coco, guirlache, un par de tarros de fruta en almíbar, porque eran devotísimas de la confitería las andaluzas, y así con frecuencia adolecían de cólico una ú otra.

La comida rara vez acababa en paz y en gracia de Dios, porque siempre había motivo de que alguna se disgustara por la más mínima cosa, porque una de las chicas había vertido la sal, porque otra había puesto en cruz sobre el plato la cuchara y el tenedor, porque Tremedal había hecho una fineza á doña Consolacion y no se la había hecho á la otra vieja; y la que se enfadaba, después de exponer su queja, dejaba la comida, levantábase, íbase á su cuarto, y las demás quedaban comentando el suceso; y por fin una tras otra iban á contentar á la quisquillosa que se hacia mucho de rogar, y á la postre venía otra vez á la mesa, y á los tres minutos solía suscitarse otra cuestion.

Cuando había visita, que solía ir de cuando en cuando otra andaluza casada con *éste*, pues siempre oí á esta señora, que también hablaba á gritos, llamar *éste* á su marido, era una delicia oír las. Recordaban las andaluzas viejas sus floridos abriles, sus escapatorias á los bailes en Sevilla, el efecto que hacían escotadas, vestidas de blanco, con sus zapatitos de raso y sus cabellos convertidos en jardín, y aquel capitán de ligeros que un día de riada las pasó en brazos de un lado á otro de la alameda de Hércules, y aquel muchacho que, desdeñado por Transfiguracion, cogió y se hizo cura, y fué un santo, que no lo hubiera sido casado con la señora de sus pensamientos, y aquella feria incomparable donde una noche los dos novios, que tenía la interesante Consolacion, se le presentaron á un tiempo mismo, ofreciéndole cada uno un buñuelo de los que allí cerca confeccionaba una gitana muy buena moza, y á la madre de la niña le dió un síncope, creyendo que los dos rivales se iban en aquel punto á matar, y Consolacion, conociendo que sus dos adoradores le habían descubierto el juego, cogió con la punta de sus dedos enguantados los buñuelos y los tiró al suelo, con lo que los dos enamorados quedaron como estatuas de piedra, y repuestos luego de la sorpresa, comprenderían que la casta doncella no se picaba ni se corria fácilmente. La conversacion con la mujer de *éste* era siempre una revista retrospectiva de hechos en que habían intervenido las familias respectivas, y cuando alguna vez la mujer de *éste* hablaba de *éste*, hacíalo siempre en términos tales que bien á las claras se podía entender que *éste* era un hombre que no servía para nada, un cuitado sin voluntad y sin entendimiento, á quien su mujer llevaba como un *zarandillo*, según decía, luego que se marchaba la visita, la buena de doña Transfiguracion.

También las dos chicas tenían unas amigas, de su edad, que vivían en el cuarto cuarto de la propia casa en que habitaba el viudo, cesante de Ultramar, de quien he hecho mérito, reconociéndole el de haberse enriquecido allá sin más que un modesto sueldo, milagro muy frecuente en la administracion pública española. Cuando venían de visita aquellas vecinas, hijas de un tirador de oro retirado y que, sin duda, por haber *tirado* tanto oro, se había quedado sin ninguno, y estaba reducido á ser conserje de un casino democrático, que tenía su domicilio en el entresuelo de la misma casa; la conversacion

versaba siempre sobre modas; y en verdad digo al lector discreto, que holgábame mucho de oír las descripciones de túnicas y corazas, las disertaciones sobre lo bien que casaban el color Bismark y el Antonelli, y las lecciones teórico-prácticas para que un solo vestido pareciera cuatro ó cinco, así como en el teatro una decoración de sala pompeyana es, vuelta del otro lado, espesísimo bosque ó casa pobre ó inexpugnable fortaleza. En lo que no estaban conformes las chicas andaluzas y las hijas del conserje demócrata, era en política, pues éstas lo esperaban todo de la revolución y no transigían con militares y *burgueses*; la una tenía amores borrascosos con un redactor de *La Emancipación*, que ya le había propuesto casarse con ella sin intervención de la iglesia, y ella no había podido acceder á tan buen deseo, por escrúpulos de su madre, la mujer del tirador, que era tan contraria á las novedades democráticas, que solía decir á su marido:—«Mira, hijo, que seas republicano te lo paso, pero, por María Santísima, ten religión y no seas bruto, hijo mio!»— y la otra chica, demócrata más templada, no se casaría nunca, según decía, porque estaba enamorada de un hombre, y este hombre no era fácil que adivinara su amor, y aún, adivinándolo, se casara con ella. En secreto, y á voces, dijo un día quién era el objeto de su platónico amor, y, ciertamente, no había elegido mal la pícaro. En secreto diré á mis lectores que estaba enamorada de D. Emilio Castelar, desde que un día le oyó hablar en el Paraninfo de la Universidad, en ocasión de tomar el grado un sobrino del tirador de oro.

En suma, la vecindad de las andaluzas, con sus continuas riñas, con sus exageraciones en las palabras y en los hechos, con sus agudezas á propósito de todos sus conocidos y de todo bicho viviente, con sus recuerdos de mejores tiempos, con sus ayes y quejas preciosísimas cuando tenían cólico ó les dolían las muelas, con sus alegrías desatinadas cuando cobraban dinero, con su manera habilísima é ingeniosa de contentar á sus acreedores, sin darles un ochavo, con sus comentarios á las cartas del ausente en Buenos Aires, con sus disputas con las criadas; era una vecindad tan amena y entretenida, que nunca me expliqué cómo el propietario de la finca tenía ganas de que se mudasen de casa, con el liviano pretexto de que pagaban el alquiler con bastante irregularidad, y cómo no aumentaba el precio de las habitaciones á los demás inquilinos, que, viviendo allí, tenían constante diversion.

Desde que no oí á las andaluzas, desde que el silencio y la tranquilidad reinaron en el piso superior, no me hallé bien en mi habitación; la tristeza se apoderó de mí, y temiendo una temporada de ictericia, resolví variar de domicilio, donde no viera aquel patio, que parecía el de un convento de la Trapa; donde no contemplase aquellas ventanas del corredor, de la cocina y del cuarto de dormir de Tremedal, que ya no daban paso á las risas, á los suspiros, á los apóstrofes, á los donaires incomparables de las andaluzas.

Fuíme con los trastos á otra casa, á otra casa, ¡ay! donde no oigo más que la voz de dos chiquillos que berrean; los gritos de otro, á quien su madre sacude el polvo; el ladrido de un perro, propiedad de un cazador, que nunca trae caza; los maullidos de una gata aventurera, y los chillidos estridentes de una cotorra vieja abominable, única familia de un usurero que vive en el tercero; y la tos perruna del asmático vecino de al lado, que duerme pared por medio de mi alcoba.

¿Qué habrá sido de las andaluzas?... ¿Dónde estarán alegrando los días y las noches de sus vecinos?... ¡Ay! acaso sus nuevos *estos* no comprenderán toda la filosofía, toda la gracia, toda la poesía, que brotan á borbotones de las cinco bocas de aquellas andaluzas, á quienes envía este recuerdo de afecto y de gratitud su antiguo vecino

CÁRLOS FRONTEIRA

NOTICIAS GEOGRAFICAS

En Africa se preparan grandes sucesos para época no lejana. La Europa se va haciendo pequeña para sus pobladores y muchos países del centro y norte no producen, con todos sus progresos agrícolas, lo suficiente para alimentarlos sin acudir á otras naciones que producen más de lo que consumen. De aquí resulta el empobrecimiento paulatino de aquellos países, y esta causa, unida á otras de orden político y social, motiva de sesenta años á esta parte una emigración siempre creciente, que empieza á preocupar seriamente á los gobiernos. Por ejemplo, el total de alemanes domiciliados en los Estados Unidos durante los últimos 60 años, se calcula en 8 millones y medio de individuos, y el capital total que han sacado de su país para enriquecer su nueva patria, en más de 5000 millones de pesetas. Estos datos darán una idea de la emigración total de Europa, con la particularidad de

que la emigración alemana, escandinava é irlandesa va á enriquecer otras comarcas, dando incremento á la competencia industrial en perjuicio de la producción de los respectivos países europeos.

Este estado de cosas, y ciertas razones de política previsora explican las numerosísimas expediciones al interior del Africa, que dirigidas y fomentadas por algunos gobiernos, entre ellos los de Francia, Bélgica y Alemania, se suceden continuamente; tomando cada año mayores proporciones y un carácter más decidido y enérgico. Una de estas expediciones, la francesa mandaba por Brazza, se ha embarcado en Burdeos el 21 del mes de marzo último con dirección al Congo, estando compuesta de 30 personas de diferentes carreras científicas y mecánicas, y 15 marineros. Lleva cantidades enormes de provisiones de boca y guerra; un arsenal de armas para armar un cuerpo de negros y 12 cañones de campaña. En Dakar encontrará la expedición 50 negros enganchados é instruidos por oficiales del ejército francés. De allí asará el buque á la Sierra Palmera, donde se agregarán otros 130 negros ejercitados á la europea; que, así como los demás, están destinados á formar el núcleo de un ejército negro que irá armando Brazza sucesivamente y con el cual se supone penetrará río arriba, ocupando el territorio que atravesará en nombre de la Francia hasta los grandes lagos, y fundando los establecimientos permanentes y atrincherados que juzgase necesarios.

NOTICIAS VARIAS

Méjico.—El gobierno de este país acaba de formar una estadística, según la que, la propiedad inmobiliaria, que hace diez años solo representaba un valor de 1703 millones de francos, asciende ahora á 15,370. Las dos terceras partes de esta propiedad consisten en bienes municipales, una cuarta parte en bienes rurales, y lo demás en bienes del Estado. Semejante aumento en el corto espacio de diez años se debe atribuir á varias causas, á la inexactitud de la primera evaluación, á la mayor seguridad que se ha tenido en el país por la enérgica acción del Gobierno para reprimir los motines y revoluciones; y por último, á la extinción parcial del bandolerismo.

Entre las cifras referentes á los bienes de la ciudad indicaremos las siguientes: los Estados—Unidos de Méjico cuentan nada menos que 46 teatros, 28 plazas para corridas de toros, y 98 establecimientos para riñas de gallos; por otra parte hay 178 iglesias grandes y 1,200 pequeñas, dedicadas todas al culto católico. El valor de los edificios de esta última clase se estima en 405.000.000; mientras que el de los que se consagran á espectáculos solo valen 31.000.000.

El número de casas de la ciudad asciende á 1.421,934 cifra que demuestra, al compararla con la de la población, hasta que punto la inseguridad en la campaña ha obligado á los mejicanos á huir de ella.

Las haciendas ó granjas, que representan los bienes rurales, son á menudo verdaderas fortalezas, donde los cultivadores pueden preservarse bien de los ataques á mano armada, juntamente con sus jornaleros, caballos y ganado. Las tierras dependientes de estas granjas tienen mucha extensión y son más productivas de lo que se pudiera creer.

Dedúcese en resumen, al comparar el catastro de 1873 con el de 1882, que la administración de los presidentes Diaz y Gonzalez, al reducir de 12 á 1 los ataques á mano armada y los robos que se cometían en el territorio de la República, ha decuplicado casi la fortuna pública.

* *

MARAVILLAS DE LA TELEFONIA.—Un telegrama americano anuncia que entre Nueva York y Chicago, en una línea aérea de 1000 millas (1609 kilómetros) de desarrollo, se ha obtenido con el teléfono el más satisfactorio éxito. La mayor distancia á que se le había hecho funcionar hasta ahora sólo era de 700 millas (1120 kilómetros). Tan notable resultado se debe en parte al empleo de un sistema telefónico perfeccionado, y también al uso de un nuevo conductor, constituido por un alambre de acero cubierto de una capa de cobre por un procedimiento galvanoplástico. La resistencia de los 1600 kilómetros no excedía de 1522 ohms; mientras que hubiera sido de 15000, es decir diez veces mayor, con un alambre telegráfico de hierro ordinario, de 4 milímetros de diámetro. Espéranse con impaciencia los detalles de este experimento, tan notable bajo el punto de vista del porvenir y del desarrollo de las aplicaciones del teléfono.

CRONICA CIENTIFICA

LA UNIDAD DE LA MATERIA

II

Pocos ignoran que Tháles, el filósofo griego que ya seis siglos antes de J. C. explicaba físicamente y predecía los eclipses, consideraba al agua como el principio de todas las cosas: que Anaximenes admitía al aire, más ó menos condensado, como único principio, siempre en movimiento, eterno é infinito, de los objetos del mundo material, con cuya opinión coincidió después su discípulo Diógenes de Apolonia: que Heráclito, el misántropo que se dejó morir de hambre, admitía también como principio

único al fuego, si bien ese elemento era un fuego más puro y sutil que el que nosotros vemos: que Pitágoras creía al mundo un todo armoniosamente ordenado, cuya esencia estaba en los números, de los cuales era á su vez principio la unidad (*mónada*)....; pero, á pesar de estar muy extendidas estas nociones sobre los elementos que, según esos filósofos, constituían el mundo, no es general el conocimiento de que, para todos esos sabios, lo mismo que para sus numerosos discípulos, sectarios y continuadores, lo principal y verdaderamente primario eran ciertas fuerzas invisibles, de cuya agencia resultaba el universo material. Esa energía viviente era para todos ellos la esencia prima de la naturaleza; y, esa esencia, al desarrollarse, experimentaba continuos é inacabables cambios, génesis de toda transformación. Así, para Tháles, el agua no era el elemento primo, sino el agua dotada de vitalidad: así también, para Anaximenes el aire infinito era una energía animada y animante: del mismo modo, para Heráclito una vida universal y absoluta producía todos los fenómenos, cuya esencia se patentizaba más ostensiblemente en la vitalidad del fuego y en la del alma racional, al fuego análogo: é igualmente para Diógenes no era precisamente el aire atmosférico su primario intelectual, sino un caliente y perfecto hábito de vida, impregnador de todas las cosas y alma del universo. No era, pues, para estos antiguos pensadores la materia el solo principio del mundo material: éralo algo más importante: lo era el sistema de fuerzas invisibles, dotadas de energía viviente, cuyo desarrollo constituía toda generación en la naturaleza.

Idealistas, pues, son todos esos sistemas que consideran como la sustancia primaria y original de todas las cosas, no á las sustancias materiales, sino á fuerzas invisibles que, en virtud de propia y especial energía viviente, al modificarse en forma y cualidad (ó sea en dirección é intensidad, como ahora decimos) engendraban todos los cambios que llamamos fenómenos de la naturaleza. Esta clase de idealismo fué el de Leibnitz (fines del siglo XVII) al sostener que todos los seres son de igual naturaleza, y sus caracteres la actividad y la no-composición; fuerzas ó causas simplicísimas, mónadas indescomponibles, de las cuales el alma posee la facultad de reflejar en sí el universo, como si fuera un espejo, con conciencia de esa reflexión interior; y esta facultad de percibir constituye la diferencia entre lo material y lo espiritual. Spinoza afirma la identidad, en esencia, de la materia y el espíritu; aspectos diferentes de una misma sustancia; y el jesuita Boscovich, á mediados del siglo XVIII, considera á la naturaleza como un sistema de fuerzas solamente.

En honor de verdad, no es fácil formar exacto juicio de los sistemas del mundo profesados por los sabios de la antigüedad. De sus opiniones, en la mayor parte de los casos, quedan sólo fragmentos ó citas: la acepción que dan á sus palabras no es á veces la que nosotros les damos, y acaso sus expresiones no eran inteligibles ó familiares ni aun para sus mismos contemporáneos. Anaximenes fué apellidado EL TENEBROSO por la oscuridad de sus escritos. Sócrates criticó á otro filósofo, diciendo que, para llegar al fondo de sus obras, era preciso ser más hábil que un buzo de la isla de Délos. La misma mayor ciencia que nosotros poseemos hoy, nos estorba para entender las nociones de otras épocas. Pero, de cualquier modo, es indubitable que algo como idea ó concepto de unidad de materia se encuentra en Tháles, Anaximenes, Diógenes y Heráclito, así como en sus continuadores; idea ó concepto de sustancia material que, poco á poco, se va perdiendo y disipando entre platónicos y aristotélicos, hasta convertirse en concepciones, puramente ideales, de arquetipos, mónadas ó centros de fuerzas; cuya última exageración se ostenta francamente y á la moderna en Boscovich.

No se crea, sin embargo, que en absoluto habían sojuzgado la opinión las doctrinas que reconocían el principio de los seres en una sola sustancia, ora en el agua con vitalidad, de Tháles, ora en el aire animado y animante de Anaximenes, ora en el fuego archisutil de Heráclito, vida del universo. Nó: junto á estos sistemas existían los de pluralidad de elementos componentes de la materia.

Los filósofos de la India creían en cinco elementos constitutivos de todos los seres, que, á la muerte de estos, quedaban libres para nuevas formaciones: la tierra, el agua, el aire, el fuego y el éter; cuyo conjunto denominaban *panchatohuan*. Gran número de griegos profesaba las teorías de Empédocles, quien contaba sólo cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra; de los cuales, siguiendo á Heráclito, era activo el fuego únicamente. Aristóteles admitía estos cuatro elementos y, además, el éter de los Indos. Lucrecio negaba que un solo elemento, aire, agua, tierra ó fuego, pudiera ser el principio de todas las cosas; si bien profesaba que unos mismos principios, susceptibles de diversidad de combinaciones, constituían todas las cosas; á la manera que las letras del alfabeto, siendo siempre las mismas, constituyen la inmensa variedad de las palabras, á causa de la variedad de sus agrupaciones.

Todo este conjunto de conceptos oscuros, de apreciaciones exageradas, de nociones incompletas, de sistemas fantásticos, de intuiciones profundas, de sagaces generalizaciones, llegaron hasta los alquimistas de la Edad media; y dieron por resultado aquella general creencia de los siglos medios sobre la posibilidad de la transmutación en oro y plata de todos los metales abundantes y baratos, tales como el hierro, el cobre, el plomo y el estaño.

Hácese, por tanto, descender de los alquimistas la creencia actual, en que comulgan entendidos profesores, respecto á la unidad de la materia; pero se-

mejante genealogía no es admisible ni constituye los timbres de nobleza de la teoría hoy preponderante.

Esa idea de la unidad material es esencialmente moderna, á lo ménos tal como se entiende ahora. Léjos de profesarla los alquimistas con distinción sistemática, es de notar que, no sólo los ADEPTOS, creyentes en la transmutación de unos metales en otros, admitían, no sólo los cuatro elementos de Empédocles, fuego, aire, agua y tierra, sino, además, el azufre, el azogue y la SAL, tenidos también por cuerpos indecomponibles. Admitían, pues, siete elementos, y creían que de sus combinaciones resultaban todos los seres materiales. Pensar que los alquimistas profesaban ideas precisas sobre tales elementos y las combinaciones que podían formarse con ellos, sería el colmo del error. ¿Qué entendían por SAL? Se supone que llamaban así á todo cuerpo cristallizable; y sus nociones respecto al concepto de combinación eran sumamente oscuras.

Regularmente se juzga de los antiguos alquimistas por la conducta de los farsantes en 1772 desenmascarados por Geoffroy ante la Academia de ciencias de Paris. En sótanos y lugares tenebrosos congregaban misteriosamente hábiles embaucadores á ignorantes, crédulos y avaros, prometiendo tesoros por la mágica virtud de la piedra filosofal.

Convidábanlos á presenciar experimentos decisivos de conversión de metales viles en oro tan fino como el de Arabia; y, con admiración indescriptible, aquel público prestigioso, inclinado á creer cuanto su codicia soñaba, al rojo resplandor de insólitas hornillas, casi en la asfixia por la falta de ventilación de una atmósfera caldeada, fatigados todos del continuo ayudar al éxito dando sin cesar á fuelles monstruosos, veían al fin salir de crisoles incandescentes, y en la forma de un líquido de fuego, el oro tantas veces deseado. Y, ¿cómo no? La piedra filosofal era una amalgama de oro; y, como sin el *lapis philosophorum* no podía verificarse la transmutación, era preciso echar la piedra virtuosa dentro del candente crisol, donde debía convertirse en oro un vil metal cualquiera; y ¡oh asombro para la avarienta ignorancia! como en el crisol se había introducido oro disfrazado, oro salía de él efectivamente, en cuanto el calor destruía la amalgama. Otras veces, el fondo del crisol contenía limaduras de oro ó plata cubiertas astutamente con tierras amasadas en goma; y, no bien el calor desorganizaba esa cubierta y fundía las limaduras, el milagro aparecía ante la espantada ánsia de creer de la ignorante credulidad. Otras veces se hacía pasar por estaño, oro blanqueado con mercurio, que, naturalmente, se ostentaba como lo que era, en cuanto el mercurio se volatilizaba con la acción del fuego. ¡Carbones impregnados en cloruro de oro dejaban oro entre sus cenizas! Siempre salía oro de la operación; y ¿cómo no? si la operación se había hecho con oro! La ignorancia y la codicia concedían realidad á groseras maravillas, y los supuestos transmutadores lograban seguramente su fin de hacer oro, pero no transmutando en él los metales viles, sino asimilándose, para lucro y

medro personales, los ahorros de la codiciosa é ignara preocupación.

Pero no ha de juzgarse á los alquimistas por los taimados que prometían y semejaban portentos.

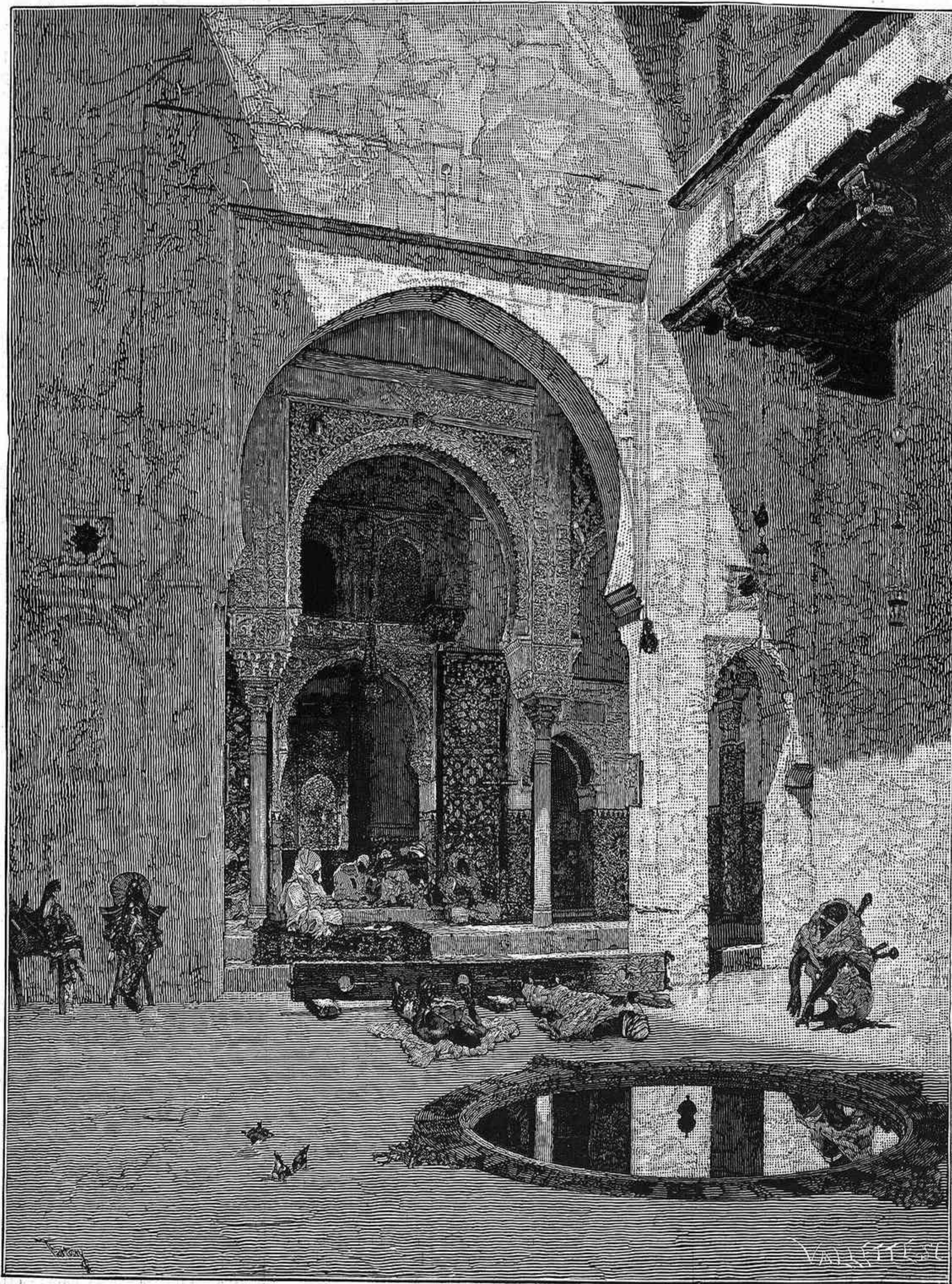
Aunque espoleados por absurdas esperanzas y conducidos por erróneas hipótesis, los ADEPTOS trabajaban incansablemente; hacían inventos sagaces; seguían procedimientos serios; y, tal vez, veían galardonadas sus vigiliencias con el descubrimiento de sustancias utilísimas. Géber, médico árabe del siglo VII, fué probablemente el inventor de hornos, alambiques, crisoles, aludeles y otros aparatos descritos en las obras que se le atribuyen; en las cuales se habla ya de la sublimación, la calcinación y la destilación. El mallorquín Raimundo Lulio, conocido por el DOCTOR ILUMINADO, á causa de haber creído ver á Cristo en sus visiones, obtuvo el ácido nítrico destilando nitrógeno y sulfuro de hierro, y, además, conoció su poder de disolver metales, y aun el oro en presencia del amoníaco. Rogerio Bacon era tan entendido que conocía la pólvora, y se le ha atribuido su invención, como también la de los anteojos de larga vista. En las obras de Paracelso, se hallan en propio lenguaje, inteligible por primera vez, estimables direcciones para la preparación de los ácidos nítrico, hidro-clórico y sulfúrico, y de muchas sales metálicas. Descubiertos estos ácidos, los alquimistas los hicieron funcionar sobre todos los metales y todas las sustancias que les eran conocidas; y así, poco á poco, obtuvieron preciosas soluciones metálicas, y sucesivamente muchos compuestos salinos, el fósforo, y excelentes preparados medicinales; recompensa natural y justa de su laboriosidad; que nunca los trabajos sobre los cuerpos de la naturaleza dejan de revelar algún secreto suyo,

científico moderno. Hoy se cree que un cuerpo puede presentar diferencias cuando sus movimientos cambian ó su distancia respecto de otros; pero no que un objeto pueda ser diferente de sí mismo, ni que deje de ser lo que quiere que sea en virtud de su naturaleza especial.

No es posible negar resueltamente que en el fondo de las creencias alquímicas hubiese algo (quizá mucho) de convencimiento en la posibilidad de la conversión de una sustancia en otra diferente. La idea de Lucrecio de que la diferencia de las voces no está en las letras, sino en las combinaciones de las letras, era concepto no rechazado claramente por los ADEPTOS, pero no del todo base fundamental entre los mismos ni los iniciados en el gran arte del Hérmes Trimegisto. Y ¿cómo no habían de creer en la transmutación de los metales quienes echaban hierro en una disolución de una sal de cobre, y veían desaparecer el hierro y aparecer el cobre? Esta reacción tan perfectamente explicada por la química moderna, tenía que ser para la ignorancia de los siglos medios una efectiva y real transmutación.

Pero la base general de las teorías alquímicas no era el absurdo de la transmutación, sino una errónea idea de la composición de los metales. Para los alquimistas lo característico de la materia era su COMPOSICION; no su UNIDAD DE SUSTANCIA. Para ellos todos los metales eran compuestos; y los más bajos contenían los mismos principios del oro mezclados con impurezas; separadas las cuales, por medio de la piedra filosofal, se encontraría naturalmente al más precioso de todos los seres: al señor del universo: al oro de la felicidad.

E. BENOÏ.



ENTRADA DE LA SALA DEL TRIBUNAL EN LA ALHAMBRA DE GRANADA, cuadro de Fortuny

á quienes constantemente los cortan y solicitan!

Pero el misterio en que la avaricia les hacía conservar sus descubrimientos (cuando los hacían), el lenguaje ininteligible en que envolvían sus manifestaciones, y sus extrañas teorías tienen que considerarse como una grave desdicha respecto al gran problema de la exterioridad.

No han faltado á los alquimistas defensores que han tratado de representar á los que se jactaban de haber fabricado metales preciosos, como á hombres que sabían aislarlos, y que al aislarlos, creían producirlos. El papa Juan XXII escribió sobre el arte de transmutar metales, y se gloriaba de haber fabricado doscientos lingotes de oro, cada uno de los cuales pesaba (!) 100 libras. Como es sabido, este Papa murió en Avignon, dejando á su muerte 18 millones de florines de oro, cantidad inmensa para el siglo XIV; pero, más que á la alquimia, debe atribuirse riqueza tanta á los cuantiosos y extraordinarios rendimientos de las primicias para la Iglesia de Dios, que este Papa fué el primero en exigir de los fieles de la Cristiandad.

Es muy vulgar opinión la de que los alquimistas estaban convencidísimos de ser hacederos la conversión de los metales unos en otros; por no haber imposibilidad material ni metafísica en que tales cuerpos varíen de esencia; noción perfectamente absurda para el mundo